



Entrada de la Estancia "Los Naranjos", en cuyo campo se desarrolló la batalla de Pavón.

A ciento cincuenta años de la Batalla de Pavón

Miguel Ángel De Marco (*)

El 17 de septiembre se cumplen 150 años de la batalla de Pavón, que cerró el largo y complejo proceso de organización nacional y abrió la etapa de consolidación de las instituciones del Estado argentino. Fue un enfrentamiento armado de importancia, en el que combatieron muchos miles de hombres a lo largo de una extensa línea tendida sobre la margen sur del arroyo Pavón, cuyo centro se halló en las proximidades de la actual localidad de Rueda, departamento Constitución.

Luego de la batalla de Cepeda (23 de octubre de 1859), en que las fuerzas de la Confederación Argentina, comandadas en jefe por el capitán general Justo José de Urquiza, derrotaron a las de

Buenos Aires, a las órdenes del general Bartolomé Mitre, se firmó el Pacto de Unión Nacional en el que se establecieron bases de orden institucional y económico para la reincorporación del Estado rebelde al seno de la República.

Sin embargo, con el correr de los meses, y pese a haberse cumplido algunos de los puntos acordados, el clima de hostilidad fue en aumento. Contribuyó a ello el asesinato del gobernador de la provincia de San Juan, coronel José Antonio Virasoro (16 de noviembre de 1860), que produjo gran conmoción en toda la Confederación Argentina. Para el periódico rosarino *La Confederación*, que publicó con las columnas enlutadas una carta de la

(*) Doctor en historia. Ciudadano ilustre de Rosario. Autor de numerosas obras sobre la historia política y militar argentina del siglo XIX, entre ellas Bartolomé Mitre. Biografía, La Guerra del Paraguay y La Guerra de la Frontera.

viuda en la que daba detalles del drama, el primer responsable de lo sucedido en San Juan era el ministro de Gobierno de Buenos Aires, Domingo Faustino Sarmiento.

Para aumentar la animosidad de los pueblos del interior, se difundió la noticia de que Buenos Aires no estaba dispuesta a elegir sus diputados al Congreso conforme lo establecía la ley electoral nacional, sino que se aprestaba a hacerlo de acuerdo con las normas vigentes en la provincia.

El 11 de enero de 1861, el comisionado federal en San Juan, coronel Juan Saá, derrotó y tomó prisionero en la rinconada del Pocito al doctor Antonino Aberastain, que había sido designado gobernador por los revolucionarios. Al día siguiente, mientras se lo trasladaba a San Juan, fue fusilado sin ninguna forma de proceso. Si bien para los federales más exaltados la ejecución había sido una justa respuesta a la muerte de Virasoro, para los liberales porteños aquel acto constituía el corolario de una inadmisibles intromisión en los asuntos de la provincia cuyana.

Los sucesos de San Juan agitaban la opinión pública con tanta fuerza como la incorporación de los diputados porteños al Congreso Nacional. El 26 de octubre del año anterior, el presidente Derqui había dictado un discutido decreto en el que disponía la convocatoria a sesiones extraordinarias del Parlamento y establecía que las provincias debían llamar a elecciones con el fin de designar los reemplazantes de los legisladores de ambas cámaras. Éstos, según el primer mandatario, habían quedado inhabilitados para continuar sus mandatos como consecuencia de las reformas de la Constitución que señalaban que los diputados y senadores debían ser naturales de las provincias que representasen o contar con dos años de residencia en ellas.

En cuanto a Buenos Aires, a pesar de que el ministro del Interior de la Confederación le había hecho conocer a Mitre, el 28 de octubre, el texto de la ley electoral vigente, éste, en vez de pedir las aclaraciones que estimara necesarias, consultó directamente al presidente Derqui quien, en forma imprudente y siempre deseoso de reducir la influencia de Urquiza, contestó que los comicios podían realizarse de acuerdo con la ley que regía en Buenos Aires. Animado por la respuesta, el gobernador convocó a elecciones.

Tal determinación produjo un endurecimiento de las posiciones, que a la postre se tradujo en la ruptura de los precarios lazos que unían a Buenos Aires con sus hermanas. El 4 de marzo, la Cámara de Diputados de la Nación escuchó el dictamen de la comisión de poderes sobre la situación de los legisladores elegidos según la constitución provincial. A pesar de que al aconsejarse que los diplomas fueran presentados en la secretaría del cuerpo, se hacía caso omiso de la costumbre que establecía que los diputados no recibidos asistieran a las sesiones preparatorias, la Cámara aprobó el temperamento por amplia mayoría. En cuanto a los senadores Valentín Alsina y Rufino de Elizalde, como sus diplomas se encontraban en debida forma, se dispuso su incorporación. Ambos, sin embargo, optaron por esperar el pronunciamiento de Diputados para ocupar sus bancas.

La decisión tuvo lugar el 7 de abril, con resultado negativo. Un día antes, la Cámara había resuelto por amplia mayoría que el decreto de Derqui, del mes de octubre, no había dado lugar a la existencia de vacantes, razón por la cual los diputados no residentes quedaban excluidos de las reformas de 1860 y debían mantenerse en sus bancas.

Una vez más, la prensa fue vehículo de las posiciones adoptadas a uno y otro lado del Arroyo del Medio. La indignación y el encono campeaban en los periódicos porteños y provincianos. Sólo un gran infortunio, el terremoto ocurrido el 20 de marzo en Mendoza, que sepultó la ciudad en sus escombros y dejó escasos sobrevivientes, provocó la unanimidad ante el dolor...

LA RUPTURA

El presidente Derqui quedó completamente descolocado. Desautorizado hasta por algunos de sus partidarios y desairado por los porteños que, con Mitre a la cabeza, se mostraban dispuestos a resistir la decisión de la Cámara de Diputados, entendió que debía tratar de recostarse de nuevo en el Partido Federal y reparar su imagen ante Urquiza.

Con el fin de impedir los progresos de los adictos a Buenos Aires en Córdoba, el presidente, que dudaba de qué lado se colocaría su provincia natal en caso de un enfrentamiento en apariencia inevitable, solicitó al Congreso, el 24 de mayo, la intervención federal con el pretexto de los serios conflictos entre ella y San Luis.

El Congreso aprobó la decisión de Derqui, lo autorizó a movilizar tropas y declarar el estado de sitio en Córdoba y San Luis, y le otorgó licencia para que cumpliera "los objetos expresados en su mensaje".

Don Santiago marchó a su provincia con el fin de ajustar cuentas con quienes hasta hacía poco consideraba su mayor apoyo y para remontar tropas que a la postre vestiría con bayeta amarilla por no contar con otra tela para sus uniformes.

Las fuerzas nacionales existentes en el Litoral fueron concentradas en Rosario que se convirtió, como en los días de Cepeda, en el centro militar más importante de la República. Tropas de línea y de la Guardia Nacional acentuaban un entrenamiento preventivo que poco después se tradujo en alistamiento para el combate.

Mientras tanto, en Buenos Aires se apresuraban los alistamientos. El 7 de junio, la legislatura provincial dispuso encomendar al Poder Ejecutivo "la remoción de los obstáculos que retardan la definitiva incorporación de la provincia", y el 30 del mismo mes Mitre pasó revista a las fuerzas de línea y a la Guardia Nacional en la Plaza de la Victoria.

Las discusiones sobre si los guardias nacionales debían o no participar en la campaña agitaron a la prensa y a los grupos políticos porteños. Algunos afirmaban que no les correspondía porque estaban destinados únicamente a la defensa de la



El general Bartolomé Mitre y su estado mayor en la campaña de Pavón. Los niños que se aprecian en las fotografías son sus hijos Jorge y Emilio

ciudad y nadie tenía derecho a obligarlos a salir a campaña. Otros sostenían que era su deber hacerlo para “pelear contra los enemigos de la libertad y la independencia”, y algunos pensaban que debían negarse a marchar.

El 6 de julio, el Congreso determinó que Buenos Aires había roto el Pacto de Unión Nacional y el Convenio del 6 de mayo de 1860, declaró rebelde a esa provincia y decretó el estado de sitio en su territorio.

HACIA LA BATALLA

A pesar de las nuevas gestiones de paz de los ministros de Francia y Gran Bretaña, las fuerzas antagónicas siguieron aprestándose para la lucha.

El 26 de agosto el Ejército Nacional acampó a orillas del arroyo Pavón, mientras su vanguardia, al mando del coronel Ricardo López Jordán, se adelantaba hasta el Arroyo del Medio, línea que cubrió el 29. No obstante su superioridad en el arma de caballería, las fuerzas al mando de Urquiza carecían de unidades realmente aguerridas de infantería y artillería. Por el contrario, Buenos Aires, dueño de escuadrones poco aptos para soportar una carga de los jinetes entrerrianos, poseía excelentes batallones y certeras baterías.

Mientras tanto, Mitre, advertido de la inminencia del choque, ajustaba sus disposiciones ofensivo-defensivas y sus servicios de abastecimientos y sanidad, extremadamente precarios para responder a las exigencias de un encuentro donde con seguridad iba a soportar grandes bajas.

El 12 de septiembre llegó a San Nicolás uno de los últimos batallones de Guardia Nacional enviados desde Buenos Aires, el del coronel Murga, “contento, ágil y entusiasta”. Con él venía el anciano y enfermo coronel Quintana, quien le pidió un puesto entre sus fuerzas. Mitre lo nombró segundo jefe de estado mayor, como homenaje a su valentía, y le escribió al ministro Gelly y Obes desde su cuartel general en Juárez, sobre el Arroyo del Medio, con el fin de remarcar su conducta y subrayar negativamente la del coronel y poeta Hilario Ascasubi,

“Aniceto el Gallo”, quien había prolongado su permiso para quedarse en Buenos Aires.

El 14, Urquiza dio orden de levantar el campo y reunió a sus jefes para comunicarles que al día siguiente daría batalla. Pero aquella misma jornada se hizo presente en el campo nacional el comerciante norteamericano mister Yateman, a quien el caudillo le pidió que intentase realizar un último intento de paz, para lo cual le dio una carta dirigida al general en jefe porteño en la que le proponía una reunión, más éste no le contestó y dispuso continuar el avance.

Ante lo sucedido, el capitán general volvió a su primitiva idea de consolidar posiciones defensivas, marchó con su ejército hacia el oeste, sobre el Pavón, y ocupó a las cinco y media de la tarde un punto donde la Cañada Rica confluye con dicho arroyo.

COMIENZA LA LUCHA

A las seis y media, las fuerzas de Buenos Aires franquearon el Arroyo del Medio sin oposición alguna y acamparon unas veinticinco cuadras al norte de ese curso de agua. La noche transcurrió sin novedad pero con las primeras luces del 17 comenzó el tiroteo de las avanzadas. A las ocho de la mañana, el ejército porteño marchó a ocupar sus puestos sin encontrar oposición alguna, hasta que al mediodía cuerpos de caballería de la Nación, al mando de Ricardo López Jordán, comenzaron a hostigarlo, para retirarse poco después.

Urquiza había completado su orden de batalla, en posición defensiva para maniobrar mejor con su infantería. La línea se extendía al este y al oeste de la estancia de Domingo Palacio y el centro lo ocupaban varios batallones escasamente instruidos y dos brigadas de artillería. En las alas quedó formada la caballería: la izquierda a las órdenes del segundo jefe, brigadier Virasoro, y la derecha al mando del mismo capitán general.

Al llegar a unos 800 metros del sitio en que se encontraban las tropas nacionales, Mitre ordenó el despliegue de la infantería, tomó las últimas medidas para el asalto del centro adversario y ubicó la caballería en ambas alas.

Listos los ejércitos para atacarse, fue la artillería confederada la que inició la batalla. Sus piezas abrieron grandes claros entre los infantes porteños que constituían un excelente blanco con los coloridos uniformes de las unidades de línea y los sombreros de paja de la Guardia Nacional, pues estaban ubicados en una loma hacia la cual habían apuntado sus cañones el coronel Simón de Santa Cruz y el mayor Leopoldo Nelson.

Una de aquellas balas lisas cayó a pocos pasos del lugar donde Mitre, acompañado por su secretario, el doctor José María Gutiérrez, contemplaba las acciones del enemigo, y rebotó entre los dos. Aquel le dijo a su fiel amigo: “No ha querido decidirse por ninguno de nosotros”, e impasible como siempre ante el peligro siguió con el ojo firme en su catalejo.

La infantería de Buenos Aires luchaba a las órdenes de jefes experimentados como Wenceslao Paunero, Emilio Mitre, Ignacio Rivas y Juan Bautista Charlone, por no citar sino algunos, y logró superar la confusión inicial y alcanzar la victoria. El gobernador y general en jefe continuaba brindándole aliento con su presencia en los lugares de mayor riesgo.

Mientras tanto, el ala izquierda de la caballería nacional arrollaba completamente al Primer Cuerpo de Ejército de Buenos Aires, al mando del general uruguayo Venancio Flores, quien no pudo impedir que sus jinetes se dispersaran inmediatamente. La caballería del Segundo Cuerpo, a las órdenes del general Manuel Hornos, ofreció mayor resistencia. Sin embargo, luego de intentar rehacerse tres veces, dejó por fin el campo a los regimientos nacionales, que se introdujeron en el parque adversario, capturaron prisioneros y se apoderaron de algunos carruajes.

En tanto el ejército de Urquiza resultaba vencedor en las alas, era derrotado en el centro. Pese a que la brigada de artillería de Nelson había seguido al pie de la letra sus órdenes de modificar la línea para prevenir el flanqueo de los batallones porteños, el 1º de Infantería, lejos de efectuar el movimiento, se desbandó. Quedaron así desprotegidos los cañones y se tornó posible el ataque del batallón Paraná, que estaba a su izquierda. De nada valió el denuedo de este cuerpo y de los artilleros: poco después se dispersaban las milicias cordobesas y el frente nacional quedaba roto en varias partes.

A pesar del triunfo de la caballería nacional, la decisión del general Virasoro de perseguir a los jinetes porteños dispersos liberó a Mitre del peligro de un ataque a la retaguardia. En su parte al presidente de la República, Urquiza explicaría que, verificada la derrota de su infantería de la derecha y el brillante triunfo de la caballería entrerriana, no había recibido ningún parte del centro ni de la izquierda de su ejército. Para informarse había enviado algunos edecanes y ayudantes con el fin de que le trajesen los partes de que carecía y avisaran a los jefes de esos sectores de la victoria de la caballería sobre la izquierda porteña. Agrega que el fuego había cesado en toda la línea y que él no veía ninguna fuerza de su ejército “en todo lo que permitía distinguir la desigualdad del terreno y la interposición de la población del señor Palacios”. Tales

circunstancias, continuaba el general en jefe confederado, “la dispersión que se notaba, la presencia del enemigo a retaguardia de nuestro centro e izquierda, todo me hacía presumir aciagamente que sólo habíamos sido favorecidos por la victoria en el ala derecha cuyos movimientos me fue dado dirigir”. Entonces resolvió esperar y mandó amagar a los batallones enemigos por la reserva de la derecha mientras esperaba noticias. Pronto llegó un ayudante quien le afirmó que todo estaba perdido en el centro y en la izquierda y que no había podido encontrar al ministro de Guerra, general Francia, quien se hallaba al frente de la infantería y la artillería. Aguardó aún con las divisiones entrerrianas que habían regresado a la línea acatando la orden de no encarnizarse en la persecución. De pronto recibió un parte de Francia en el que le anunciaba que estaba todo perdido y que tratase de salir para Entre Ríos y salvar las divisiones de la provincia. Nuevas informaciones le confirmaron la completa derrota del centro y lo hicieron pensar que la izquierda había sufrido igual suerte, sobre todo porque después de una hora y media de concluido el fuego no le había llegado parte alguno.

Bien, excelentísimo señor [le decía a Derqui], o sacrificaba mis divisiones entrerrianas, que habían combatido con tanto coraje y que habían sufrido sensibles pérdidas, y las sacrificaba en lucha estéril, o las retiraba del campo. No merecían aquello mis leales soldados [...] Me retiré al tranco sobre el Rosario, dando tiempo a que me llegasen noticias, pero todas eran aciagas y en mi marcha observaba la completa dispersión del centro hasta el extremo de haber saqueado mis bagajes y los del cuartel general.

Urquiza se retiró a paso largo hacia Rosario, abatido por la sospecha de una traición de Derqui, y transido de dolor por una afección renal que le había hecho pedir la muerte durante la batalla, y desde allí pasó a Entre Ríos junto con sus allegados, mientras el desconcierto reinaba en esta ciudad, donde los milicianos y hasta el cuerpo de serenos armado de picas, se aprestaban a hacer frente a los efectivos de Buenos Aires. En parecida situación se hallaban las fuerzas de la izquierda, que habían vencido y vagaban por las inmediaciones del campo sin recibir orden fehaciente alguna del capitán general sobre los objetivos que debían atacar o la conducta que les correspondía seguir.

Mientras tanto, Mitre, en el centro de una línea de batalla de varios kilómetros, no veía aún del todo afianzada su victoria, sabedor de la debilidad de sus alas. De ahí que se mantuviera en el campo hasta que la ausencia de enemigos le confirmó que debía apresurarse para recoger los frutos de la victoria.

La noche del 17 de septiembre no fue tranquila ni en el campamento de Mitre, donde no se descartaba la posibilidad de un ataque por sorpresa de la caballería de Urquiza, que podía causar grandes bajas entre los infantes y artilleros agotados por la batalla; ni en la vecina ciudad de Rosario, que recelaba lo peor; ni en Buenos Aires, cuyos principales dirigentes abrigaban cierta desconfianza en el triunfo, por más que se cuidaran de manifestarlo a una población expectante que temía por la suerte de esposos, padres, hijos y hermanos.



Justo José de Urquiza

El general en jefe porteño comprendía que lo aguardaban graves responsabilidades. Si no lograba afianzar inmediatamente la victoria, se enfrentaría con una provincia de Santa Fe hostil y un interior alzado en armas para contrarrestar el avance de las tropas de Buenos Aires. Si el triunfo se tornaba incontrastable, tendría que luchar contra sus propios partidarios y amigos; contra los “halcones” como Sarmiento, Obligado, Vélez Sarsfield y otros que, sin su afilado pico, reclamarían acciones drásticas contra los federales que se habían opuesto a la política porteña en el Congreso, la prensa y el campo de batalla.

Mitre era consciente de que ya no se podía esperar más para la unificación definitiva de la República, pese a que pareciera una tarea irrealizable, y deseaba concretarla como siempre lo había pensado: bajo la tutela de la “hermana mayor” de sus escritos históricos y de su corazón: Buenos Aires. Poco más de un mes más tarde, en una carta que expresaba su pensamiento íntimo, diría con cabal comprensión de una realidad que rechazaban quienes pedían independencia total o implacable venganza: “Debemos tomar a la República Argentina tal cual la han hecho Dios y los hombres, hasta que los hombres, con la ayuda de Dios, la vayan mejorando”.

LA SITUACIÓN EN ROSARIO

En Rosario la gente advertía que la ciudad no se hallaba preparada para una eventual derrota. Días atrás, cuando alguien había sugerido fortificarla en previsión de un desastre, se le había respondido con un coro de carcajadas. Pero ahora que sólo un grupo de guardias nacionales vigilaba el cuartel del batallón Libertad, el temor se había apoderado del vecindario, que contemplaba la inmensa pampa en busca de alguna señal nefasta del lado del sur. De pronto, el teniente coronel Francisco del

Prado, acompañado por un grupo de oficiales y vecinos adictos a Buenos Aires, procuró tomar el recinto, aunque no lo logró gracias a la inmediata reacción del comandante Camilo Aldao. Paralelamente, en los suburbios, los dispersos de la infantería nacional cometían desmanes. No había clareado aún cuando se supo del raudo paso de Urquiza y de la partida de la escuadra. De nada sirvió que se hiciese una salva de veintidós cañonazos para anunciar una victoria totalmente incierta.

Sin embargo, al promediar la mañana se informó a la población que el ejército de Buenos Aires se retiraba hacia San Nicolás, después de haber arrojado armas portátiles y cañones en el pozo de la estancia de Palacios. Luego llegó el comandante de la División Victoria con 310 prisioneros, y carruajes de diversos tipos que portaban heridos porteños, quienes fueron alojados en el cuartel, en el hospital y en las casas de familia. Casi de inmediato, se ordenó alinear en la plaza 21 carretas con mochilas, armamento, etcétera, y dieciséis cañones tomados al adversario, que permanecerían varios días a la vista pública.

Mitre, sin fuerzas que realmente lo hostilizasen, pues todos los jefes del Ejército Nacional esperaban órdenes de Urquiza que no llegaban, marchó con sus infantes hacia San Nicolás donde se hizo fuerte y anunció su propósito de reorganizar sus tropas. Merced al diligente apoyo de su ministro de Guerra y Marina, Gelly y Obes, procedió a remontar nuevas unidades y a cubrir las bajas sufridas en Pavón, mediante el consabido expediente de “arrear” guardias nacionales de la campaña, cosa que, por su lado, también habían hecho las fuerzas nacionales.

Sus informantes en Rosario le habían dado noticias de que el ministro de Relaciones Exteriores de Derqui, Nicanor Molinas, se había retirado apresuradamente de Rosario y dejado al frente de la resistencia al gobernador de Santa Fe, Pascual Rosas, quien la organizó con denuedo. Éste había ordenado el regreso de la escuadra y se había asegurado de que el general Francia, con catorce piezas de artillería y bastante infantería, se hallaba próximo a aquella ciudad; también que los generales Virasoro, Saa y Juan Pablo López, junto con los coroneles Laprida y López Jordán, se mantenían en triunfo en las inmediaciones de Pavón.

Mitre ordenó que la flota de Buenos Aires bombardeara Rosario, pero la llegada a toda máquina de la Escuadra nacional frustró el intento.

Así las cosas, Urquiza, encerrado ya en su residencia de San José, no respondía a las vehementes incitaciones de sus partidarios de que volviese para rematar la victoria. Rosas —quien sufragó todos los gastos militares de su peculio— le decía, el 19 de septiembre:

No puedo persuadirme de que V.E. nos exponga de este modo a una ruina total. La gloria de V.E. misma exige su presencia en esta situación. Como amigo sincero de V.E. y como magistrado de un pueblo que se ha sacrificado en esta lucha, le encarezco, general, que tome el puesto del peligro y las dificultades en estas circunstancias. Venga, señor, y habrá rendido un servicio a esta patria por la cual V.E. ha hecho tanto.

Lentamente, la situación se volcaba en favor de Buenos Aires. El presidente Derqui se había trasladado a Rosario el 20, y ordenado cavar zanjas en las bocacalles, para defenderla de un eventual ataque, pero poco después se había retirado con el objeto de asilarse en Montevideo, dejando al gobernador Rosas a cargo de la defensa. Este debió prepararse para enfrentar a Mitre y a la vez castigar los desmanes de los dispersos del Ejército, pero comprendió que, sin Urquiza, los principales jefes de la Nación no iban a responderle. Pese a ello, con tenacidad inmensa, siguió empeñado en el propósito de cumplir la casi imposible orden recibida.

El 22 de septiembre, Don Bartolo se sentía ya dueño de la situación, como se lo expresaba en carta a su ministro Gelly y Obes, fechada en Carioga: “No sólo hemos desecho y aprisionado su infantería y artillería en el campo de batalla, sino que casi toda su caballería se ha desbandado”.

AVANCE DE LAS TROPAS PORTEÑAS

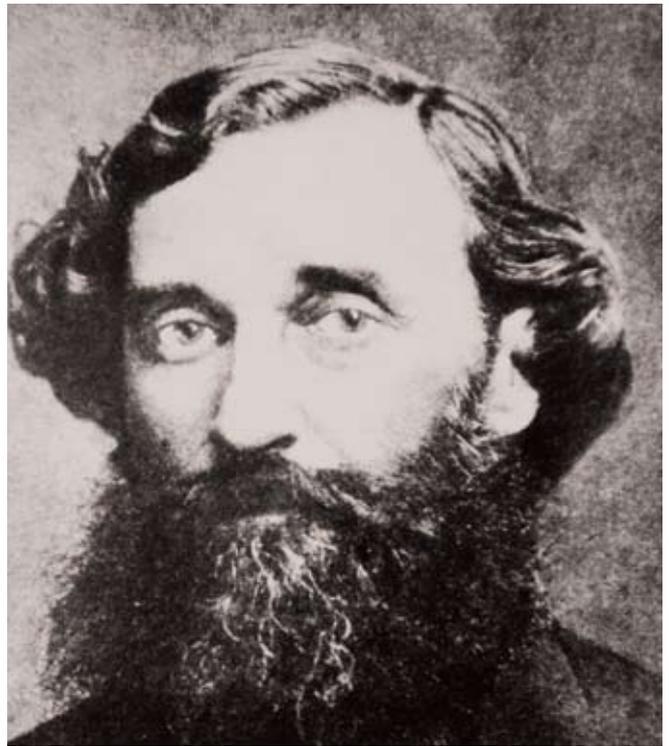
Mitre, concluida su labor de reorganización de las tropas, tarea nada fácil por la costumbre de algunos de los jefes de la Guardia Nacional de considerarse amigos o adversarios políticos mas no subordinados, decidió ponerse en marcha sobre Rosario el 4 de octubre. Su ejército contaba entonces con 13.000 hombres y 42 piezas de artillería. Tres días más tarde, los buques de guerra de las estaciones navales de Gran Bretaña, Francia, España, el Brasil y los Estados Unidos, se ubicaban en las proximidades de la ciudad para garantizar la seguridad personal y los bienes de sus respectivos súbditos, y casi inmediatamente desembarcaban efectivos con el fin de proteger la Aduana. Mientras tanto, Pascual Rosas se retiraba en armas hacia el norte.

En un último gesto de altivez, la Corporación Municipal, ante el ofrecimiento del ministro de Gobierno, Pastor Obligado, de cooperar en la conservación del orden, y a raíz de su pedido de que se publicara una proclama de Mitre, respondió que contaba “con los elementos necesarios para celar la ciudad” y que no poseía prensa alguna para imprimir el mensaje. Acto seguido convocó a los vecinos y los organizó en patrullas, para, finalmente, constituir una comisión con el fin de que saliera en busca del ejército de Buenos Aires e hiciera conocer a su comandante en jefe “la posición pacífica de la población, y acordar los medios de garantizar el orden y la tranquilidad pública”.

El 11, penetraba en la ciudad la vanguardia de las tropas porteñas, al mando del coronel oriental Ambrosio Sandes, quien, según Sarmiento, tenía en su cuerpo “cuarenta y nueve heridas, de puñal, de lanza, de sable, de bayoneta y de bala”.

Ese mismo día, Mitre le escribía a su ministro Gelly y Obes para comunicarle, satisfecho, el triunfo de sus ideas conciliadoras:

Mi política respecto de esta provincia va dando sus resultados. Todos vuelven a sus casas, se me presentan diariamente multitud de oficiales, y los principales jefes buscan entenderse conmigo,



Bartolomé Mitre

a la vez que la población del Rosario, incluyendo antiguos enemigos, se manifiestan inclinados a nosotros, sorprendidos tal vez de nuestro proceder. Aún espero que el mismo don Pascual Ruiz [Rosas] entre en nuestras ideas, respecto de lo cual le he hecho hablar por amigos suyos, que se me han ofrecido espontáneamente, y a los que les he dicho que Buenos Aires no trae la mezquina pretensión de hacer ni deshacer gobiernos de provincias, concurriendo a ello los poderes existentes, a los que sólo hostilizaremos en el caso de que nos hostilicen a nosotros. Creo que ésta es la única política que puede acelerar el término de la lucha, y darnos resultados positivos, pues lo contrario sería la negación de estos principios y comprometernos en una empresa superior a las fuerzas y a los recursos de Buenos Aires.

Rosas no accedió a lo que Nicasio Oroño, su constante adversario, calificó sin embargo como “la galante y patriótica insinuación del general Mitre”, y prefirió “correr la misma suerte de sus amigos y correligionarios políticos, revelando en este proceder condiciones de carácter que honrarán siempre su memoria”. Seguiría en actitud de combate hasta el 10 de diciembre, en que cruzaría, por Cayastá, junto con Juan Pablo López, algunos jefes y oficiales y unos cuarenta hombres rumbo a Entre Ríos, para ponerse a las órdenes del gobierno nacional.

Pero ese mismo día, sin recursos ni apoyo, el vicepresidente en ejercicio de la primera magistratura de la República, brigadier general Juan Esteban Pedernera, firmaba un decreto por el cual declaraba en receso al Poder Ejecutivo Nacional.

Le correspondería a Mitre, como encargado de ese Poder Ejecutivo por delegación de las provincias, comenzar el proceso de reorganización de la República. ●